

Definitivamente, había sido un error llevarla allí.

Niké estaba fascinada con tantos animales y no podían despegarla del cubil de los lobos. Licaón se llevó una mano a la frente, porque la forma en que la niña empezó a llorar cuando le dijeron que tenían que irse estaba llamando demasiado la atención de la gente. Daba la impresión de que no se podía visitar un zoológico con ella. O con Atenea. Ese circo de encerrar animales en jaulas estrechas y horribles para divertimento del público le parecía una cosa atroz.

“Los animales deberían ser libres, y ser admirados.” había dicho Atenea, con toda su energía. “¿O es que a ti te gustaría que te encerraran en una jaula y la gente viniera a verte, en ese estado de denigración?”

Aquella mención no devino en una pelea sólo porque él no estaba de humor para replicarle si creía que era un animal, acaso. Lo más bonito de todo era que Sissy estaba de acuerdo con ella, y entre las dos ya estaban tejiendo una telaraña de intrigas que las llevaría a liberar a todos los animales del mundo...

—Bueno, ya estuvo. Vamos a casa. —decidió Licaón, mirando a Niké con el ceño fruncido. No le gustaba para nada tener que alzar la voz para que la pequeña le obedeciera, pero a veces era necesario— Los lobitos tienen que irse a dormir, y tú estás de berrinchuda porque no has tomado tu siesta.

La niña, de cuatro años de edad, lo miró con esos grandes ojos color miel llenos de lágrimas y las mejillas ya empapadas de tanto llorar, y aferró los barrotes negros de la jaula con más fuerza. Partía el alma verla así.

—¡No, papi! ¡Quiero quedarme con ellos un rato más, están muy tristes!

Los lobos grises, una manada pequeña y desmejorada de animales cansados y de miradas afligidas, se habían acercado lo más que podían a la orilla de su encierro; aunque aún estaban separados por un pequeño foso que impedía que llegaran hasta los barrotes, para que no mordieran a nadie. Lo más triste de todo eran los cachorros, que se la pasaban gimiendo entre las patas de sus madres. Licaón miró los ojos del macho alfa y sintió un nudo terrible en la garganta. Niké tenía razón. Y Atenea también. Pobres bestias. No les gustaba estar ahí, querían correr en libertad.

Pero había que ser realistas, ¿Podía hacer algo al respecto?

—Cariño, sé que están tristes. —Licaón se agachó al lado de su princesita y le limpió las lágrimas con delicadeza. Apoyó la mano en los barrotes, mirando al lobo alfa. Tragó saliva— Pero te diré qué podemos hacer: podemos venir a visitarlos todos los días. Apuesto que les hará bien saber que alguien se preocupa mucho por ellos, ¿No crees?

La niña lo miró con un puchero. No era suficiente.

—¿No podemos llevarlos a casa, a la finca? —sollozó ella.

Licaón se mordió el labio, pensando.

—No, mi amor, no podemos, ellos... viven aquí. —insistió, con paciencia.

Atenea se percató de lo que pasaba y dejó transitoriamente a un lado la cruzada por los derechos de los animales cuando se dio cuenta de que su hija estaba llorando. Fue hasta la niña y la levantó en sus brazos, consolándola con una caricia en la espalda; y miró a su esposo como esperando una explicación.

“Estuvo mal traerla aquí, le ha hecho daño.” le comentó él, en un pensamiento.

Ella lo miró entonces con compasión, entendiéndole.

Atenea volvió con Perséfone y las gemelas, y empezaron a caminar hacia la salida. Hades se reunió con Licaón, a la cola de la procesión, y se encogió de hombros sin entender lo que había pasado. Hermes (quien había aparecido para entregar un mensaje y había decidido quedarse a pasear con ellos) estaba lamiendo su cono de helado con paciencia china, mientras observaba la escena. Se inclinó un poco hacia Licaón y le dio un codazo:

—Vas a tener que compensarle esto de alguna manera. —dijo, sin mala intención.

—¿Cómo? —preguntó el licántropo, con un gruñido— Niké está muy ofendida conmigo ahora, ni siquiera si me transformara y la dejara retorcerme de las orejas todo el día se sentirá mejor.

—¿Por qué no le compras un perro? —sugirió Hades.

—Tendré que comprarle veinte.

—Tienes lugar. —dijo Hermes, con una sonrisa— ¿Qué? En la casa de campo tienes

sitio de sobra.

Licaón suspiró largamente. No iba a comprarle a su hija un perro, ni veinte. Ya con él había suficiente pelo suelto por toda la casa, y Atenea seguro querría saber por qué no le había consultado primero. Volvió la cabeza hacia la jaula de los lobos, la mirada de los animales le atravesó el corazón. Ellos sabían lo que él era, y le estaban pidiendo ayuda a gritos silenciosos.

De nuevo, ¿Podía hacer algo al respecto?

Tal vez.

—Hermes, ¿Recuerdas que todavía me debes por lo de esas sirenas que rescatamos, hace tres años y medio? —dijo, pasando el brazo sobre los hombros de su patrono. El otro observó su sonrisa colmilluda y astuta con cautela— Bueno, creo que es hora de que me devuelvas el favor...

Hermes se quedó con la boca abierta, sintiéndose insultado.

Cuando Atenea fue a despertar a su hija una mañana, unos cuantos días más tarde, dejó con cuidado un bultito gris y tibio al lado de su almohada. La cosita se movió y empezó a lamer la cara de la niña, hasta despertarla. Niké abrió los ojos y encontró frente a sus narices a un cachorrito husky de ocho semanas, con un gran moño rojo alrededor del cuello. Allí fue cuando oyó la risita de su madre, y se levantó buscando a su padre.

—¡Papi! —lo llamó, emocionada, pero él no estaba allí.

Atenea le tendió la mano para que se bajara de la cama, y tomó al cachorro para luego ponérselo a su hija en los brazos. Con los rizos rubios despeinados y los ojitos brillantes de emoción, Niké abrazó con fuerza al animalito y volvió a reír.

—Vamos, papá tiene una sorpresa para ti. —le anunció su madre, sonriendo.

Bajaron a la cocina y salieron por la puerta trasera, donde la estaban esperando. Un camión blanco con las compuertas abiertas había quedado aparcado cerca de la casa. Formados en una fila estaban su hermano mayor, Acontes, varios lobos de su manada y el querido tío Hermes. Correteando alrededor de los licántropos transformados, un montón de lobos de todos los tonos de gris, negro y rojizo saltaban y jugaban con alegría, persiguiéndose unos a otros, olisqueando a sus superiores, y ladrando. Con los ojitos muy abiertos, Niké reconoció a algunos de los lobos de la manada del zoológico.

Licaón estaba más cerca de los establos, agachado delante del macho alfa sin hacer nada más que mirarse, entendiéndose sin decirse nada. Niké dejó a su cachorro en el

suelo y corrió hacia su padre, con los brazos abiertos y los pies descalzos, gritando de alegría.

—¡Papi! ¡Hay muchos lobitos! —exclamó la pequeña, feliz.

Se lanzó sobre el licántropo blanco, que la recibió en su pecho con un abrazo y una generosa lamida en la cara. La chiquilla le acarició el pelaje con cariño y se sentó en el césped para saludar al otro lobo, un animal común pero con un porte muy noble y aguerrido. Niké lo miró con atención, se sentó delante del lobo, como estaba haciendo Licaón, y agitó la mano para saludarle.

—¡Hola, señor! —le dijo, con una sonrisa enorme, y luego se volvió hacia su padre con una felicidad desbordante, y le susurró— ¡Lo hiciste!

—Tío Hermes lo hizo. Compró a tus amiguitos para traerlos aquí, y ahora le va a dar dinero a los zoos de todo el mundo para que ningún otro animal pase hambre o sea maltratado. —le explicó Licaón, hablando con una voz más gruesa y profunda, como un gruñido— Yo sólo te compré el perro. Así que... ¿Estás feliz ahora, mi amor?

La chiquilla se rió y apoyó la cabeza en el pecho del gran lobo blanco, alegre. Le acarició el pelaje del mismo modo que su padre le frotaba la espalda a ella, con cariño y satisfacción.

—¿Podemos salvar también a los leones y a los tigres, papi?

Licaón puso los ojos en blanco, cansado.

Definitivamente, llevarla a su hija al zoológico había sido un GRAVE error.